

VISIÓN DE PATRIA ⁽¹⁾.

Excelentísimos señores: (2)

Señoras: Señores:

Como ex-alumno de esta Casa cuyas paredes encierran para mí gratos recuerdos, y como miembro de la Academia Literaria del Plata, he querido contribuir a la realización de esta fiesta ya clásica en los anales de la institución.

Sean mis primeras palabras, para enviar un saludo auspicioso a los nuevos colegas que hoy entran a formar parte de la vieja Academia que han honrado tantos ilustres varones, cuyo ejemplo nos obliga a mantener bien alto los prestigios de nuestra investidura.

Hecho el saludo a los que llegan a las filas, quiero decir dos palabras para explicar al distinguido auditorio que me escucha, el objeto de mi presencia en esta tribuna. He ofrecido el concurso de mis pocas fuerzas, no ya para deleitar con las galas de una oratoria fácil y brillante, que no está en mi poder el hacerlo, sino para tratar de interesar, conmover y convencer a mis benévolos oyentes, con los acentos más sinceros de mi palabra, que es la de un argentino, que acatando primero los inexcrutables designios de la Divina Providencia, quiere para su patria un porvenir de gloria y de grandeza.

Quiero interesaros, señores, en el estudio atento de nuestro país; quiero conmoveros, con la evocación de alguna de nuestras glorias pasadas y con el magnífico espectáculo de la naturaleza de nuestra tierra argentina, y por último, quiero convencerlos de que la acción de nuestros compatriotas de hoy, nuestra propia acción, debe ser llevada a un nivel digno de nuestro pasado y de los dones con que la mano de Dios ha hecho de la Argentina, tierra de promisión.

Y como dado el poco tiempo de que disponemos, solo estamos en condiciones de entreverlo todo con una rápida visión de conjunto, permitidme que por un momento os lleve con la imaginación a una

(1) De la velada celebrada por la Academia Literaria del Plata el 29 de mayo.

(2) Nuncios ante la República Argentina y ante Bolivia.

gran altitud, a regiones donde solo el águila y el cóndor establecen sus reinados y desde donde podemos, libres de las miserias que nos atan a la tierra, contemplarlo todo sin los prejuicios y los convencionalismos que se arrastran a ras del suelo...

Os propongo como observatorio, la cima del monte Aconcagua, el más alto picacho de la Cordillera de los Andes. Al llegar a la inmensa mole de granito, nuestro espíritu se llena de evocaciones de pasadas gestas heroicas. Estos lugares fueron testigos de las hazañas homéricas de una falange de argentinos, a cuyo frente estuvo un hombre que fué el nervio motor de la Revolución de Mayo; un hombre que supo pasear la bandera que el ilustre Belgrano creara, desde las argentadas márgenes del Río de la Plata, a las cumbres condorinas del soberbio Chimborazo! Ese hombre, ese ínclito guerrero, fué, señores, el Gran Capitán, el Padre de la Patria, José de San Martín; recorrió las llanuras de las pampas, atravesó ríos y torrentes, trasmontó cordilleras, surcó el Océano y terminó libertando tres naciones, después de haber arrancado del firmamento la imagen del Sol para usarla en medio de los estandartes de su ejército inmortal!

Ahora, señores, rendido el homenaje a nuestra gloria mayor, y ya situados en la alta cumbre andina, gocemos por un momento del espectáculo admirable que se ofrece a nuestra vista, protegidos por la dulcísima mirada del Redentor del mundo, cuya imagen, no lejos de nosotros, extiende sus brazos bendiciendo al continente americano en un gesto de amor y de paz.

Miremos, pues, en torno nuestro: arriba, brilla el sol, rodeado de bellísimas nubes «stratus» que, a gran altura, dibujan franjas plateadas entre las celestes del firmamento. Es, señores, el universo vestido de argentino por obra del Creador. Y ya posados nuestros ojos en la tierra, desde las cercanías del Polo Norte, donde nacen las primeras estribaciones de la Cordillera, hasta el tormentoso lugar del cabo de Hornos, donde los Andes se sumergen en las profundidades del mar, vemos extenderse una larguísima cinta blanca de nieves eternas, que rodeada al Este por el Atlántico y el Oeste por el Pacífico, cubre a las dos Américas con un manto de colores argentinos, esos colores que jamás fueron símbolo de opresión y que llevaron a todas partes la paz, el progreso y la libertad!

Y ahora, señores, miremos hacia nuestro país. Vemos a la República Argentina cual un triángulo inmenso, que apoya su base en los trópicos para internar su vértice en las heladas regiones del Polo; recorramos el territorio patrio. Al Norte, se hallan las provincias de

Jujuy, Salta y Tucumán, tierras de encanto y de poesía, que fueron en otro tiempo, guiadas por el general Güemes, centinelas avanzadas de nuestra libertad. Vemos también las milenarias selvas vírgenes del Chaco tropical y las gigantescas cataratas del Iguazú, eterno y rumoroso testigo de aquella cruzada evangélica en que los soldados de la Compañía de Jesús, sin más armas que su fe y su crucifijo, sembraron entre los indios guaraníes la preciosa semilla del cristianismo civilizador.

Bajando por el Este, encerrada entre dos de los ríos más extensos del mundo y con un clima y un suelo privilegiados, encontramos la Mesopotamia Argentina; la Mesopotamia, cuya parte norte fué cuna de nuestro libertador y cuya parte sud presencié con asombro aquellos combates legendarios en que los incomparables jinetes de Entre Ríos hacían gala de un valor nunca doblegado. Esos mismos jinetes, andando el tiempo, cruzaron el Paraná y guiados por aquel centauro entrerriano que se llamó Justo José de Urquiza, se largaron hacia Buenos Aires a galope tendido, para no detenerse hasta haber hecho rodar bajo los cascos de sus salvajes corceles, la tiranía que durante veinte años pisoteara la dignidad de la Nación!

Si miramos hacia el centro de la República, vemos extenderse inmensas y fértiles llanuras, cruzadas por ríos innumerables y sólo interrumpidas por las hermosas sierras cordobesas. Fueron esos llanos, el escenario de las sangrientas y terroríficas andanzas de Facundo, indomable e imbatible hasta que el genio estratégico del general Paz, con jugadas maestras de ajedrez guerrero, abatió el fanático valor de las alzadas montoneras.

Hacia el Oeste, y cual grandioso respaldo, se extienden por nuestras provincias andinas las ramificaciones de la Cordillera. Su suelo espera aún el pico del minero que extraiga de sus entrañas la veta del precioso metal.

En cuanto a su historia, fueron las provincias de Cuyo, la base firmísima en que apoyó su planta el libertador, para dar el gigantesco salto sobre los Andes, que tuvo por resultado la libertad de Chile.

Hacia el Sud, dormita la Patagonia ilimitada y desierta. Espera para sacudir su letargo de mil siglos, la presencia del hombre que la despierte. En los puntos donde éste ha llegado, empieza a mostrarse generosa. Comodoro Rivadavia es un indicio palpable de que nuestra tierra no sólo es fecunda en su superficie, sino que dispone de inmensas riquezas situadas a centenares de metros de profundidad.

Hace ya muchos años, siendo niño, yo tuve ocasión de presenciar

una violenta erupción de petróleo en uno de los pozos de Comodoro Rivadavia. Asistí emocionado al imponente espectáculo de un chorro negro que surgía de quinientos metros de profundidad para elevarse a cincuenta de altura, arrojando cien toneladas de petróleo por hora y produciendo un ruido atronador. Ante la magnitud del fenómeno, mi alma de niño se recogió en sí misma y pensé cuán pequeño era yo, que en mi ingenuidad, me creía un momento antes el centro del universo, ante una de las más simples manifestaciones del infinito poder de Dios.

Hemos recorrido a grandes rasgos las distintas regiones de nuestro país y hemos visto que somos poseedores de múltiples riquezas naturales: bosques seculares, ríos inmensos, llanuras feraces, minas subterráneas, todo ello envuelto en un clima variadísimo. Hemos evocado también nuestro pasado que nos lega una herencia de gloria y de sacrificio. Somos pues, deudores de riquezas a la Providencia; de glorias a nuestros antepasados. Examinemos ahora nuestro presente y veamos si cumplimos con nuestro deber para mantenernos a la altura de esos preciosos legados.

Vemos ciudades gigantescas, puertos abiertos a todas las banderas, campos cultivados, ferrocarriles que conquistan los desiertos... Ciertamente, grandezas materiales no nos faltan. Pero, ¿son esas solas las que hacen la grandeza integral de un pueblo? ¡Ah, no, señores! La verdadera grandeza de una nación no se mide solo por el número de sus habitantes, ni por el alcance de sus cañones, sino ante todo y sobre todo por la excelencia de las virtudes y la energía de carácter de sus hijos.

Y bien, si penetramos en lo más hondo de una gran parte de nuestras conciencias, ¿qué vemos? El espectáculo es desolador: el escepticismo que paraliza el entendimiento y mata la acción, la inmoralidad, el egoísmo y la indolencia para todo lo que no signifique un interés material, dominan el ambiente. Sólo se piensa en el lucro, en las diversiones y en los bajos apetitos y para satisfacerlos no se titubea en comprarlo y venderlo todo, hasta las propias conciencias, que se adjudican al mejor postor. La sombra de la venal Cartago se cierne amenazadora sobre nuestra patria! Una falta absoluta de carácter en nuestra juventud, completa el cuadro sombrío.

Y bien, señores, si he pintado con crudeza la situación, es para que desde este momento y cada cual en nuestra esfera, nos pongamos a la tarea que nos demanda el patriotismo, ese sentimiento que no se manifiesta por huecas declamaciones, sino por la clara noción del

deber que estamos obligados a cumplir en cada uno de los momentos de nuestra vida, cualesquiera sean las contingencias a que nos exponamos. Y para ser capaces de cumplir con nuestro deber, tanto en las horas de triunfo como en las de adversidad; debemos, especialmente nosotros los jóvenes, empezar por crearnos un carácter que nos impida toda defección. Para ello hemos de preparar nuestro cuerpo con una vida sobria y austera; y nuestro espíritu con sólidas convicciones. Un carácter bien templado, puesto al servicio de una convicción sincera es capaz, señores, de arrancar de cuajo una montaña! Y una montaña y bien grande por cierto, es la que forman los prejuicios, los bajos apetitos, las debilidades y la falta de ideales superiores, montaña que podemos y debemos derribar.

Pero al mismo tiempo que luchamos por destruir lo malo, debemos tratar de reemplazarlo con lo bueno. Dos son, a mi juicio, las bases en que debe asentarse el porvenir: el trabajo y la virtud. Dos palabras sobre estos conceptos:

El trabajo es un medio precioso que no sólo nos conquista el bienestar material sino que contribuye eficazmente a fortalecer nuestro espíritu. Y bien, el miedo al trabajo es una característica argentina; cuántas veces oímos decir: «Fulano es rico, no necesita trabajar». Ah, señores, todos necesitamos trabajar para conquistarnos el derecho a un eterno descanso! Además, como dijo aquel ilustre argentino que se llamó José Manuel Estrada, «si bien el trabajo fatiga el cuerpo, la ociosidad fatiga el alma». Y un alma fatigada es un alma en peligro de muerte. Trabajemos, pues, como obreros infatigables del bien, que Dios y la Patria nos lo tendrán en cuenta!

En cuanto a la virtud, ¡qué podremos decir de ella que no esté ya dicho y escrito! Es la virtud la suprema cualidad que puede adornar a un ser humano. Por ella nos hacemos buenos, generosos, sobrios, abnegados, caritativos, indulgentes... Donde hay virtud real y no fingida, desaparecen los problemas sociales y las incomprensiones mutuas. Todas las complicadas soluciones establecidas por los sociólogos antiguos y modernos para la cuestión social, palidecen ante esta mágica palabra: virtud. En los países como el nuestro, nos interesa más aún la elevación de la virtud pública y privada. El conde de Montesquieu en su libro «Espíritu de las leyes», dijo bien alto: «El régimen de una democracia tiene por fundamento la virtud». Entonces, donde esa virtud no existe, donde se relaja el principio de la moralidad pública y privada, donde se pervierten las costumbres, la sociedad se derrumba entre las garras del despotismo, ya sea éste de los de arri-

ba o de los de abajo, ya se llame tiranía o anarquía. Cultivemos, pues, en nosotros la preciosa flor de la virtud para que nuestra patria sea el jardín más maravilloso de la tierra, de donde se exhale las esencias más delicadas que asciendan hasta el trono del Creador:

Muchos son los campos de acción en que la juventud argentina puede actuar con eficacia. La política, la prensa, la cátedra, la ciencia y las profesiones de todo orden, ofrecen ancho espacio para trabajar por nosotros y por nuestra posteridad. He incluido deliberadamente a la política, a pesar del desprestigio que la envuelve. No debe huirse a la acción pública cuando se tiene para ello vocación. No importa que veamos triunfar a los menos aptos. Es digno de varones esforzados luchar desde abajo y hacer triunfar la verdad y la justicia, tal como cada uno honradamente la entienda.

Ahora bien, debemos prepararnos para la lucha. ¿Y cuál será el laboratorio de donde salga esa preparación? Para mí, señores, ese laboratorio hay que buscarlo en la escuela, y sobre todo en el hogar. Es la familia la que moldea física y moralmente al individuo. Una familia honorable producirá hombres honorables, y éstos a su vez honrarán a su patria; una familia viciosa, todo lo contrario. Es también Montesquieu quien nos ha dicho que la sociedad doméstica lleva su ley a la sociedad civil y que esas pequeñas corporaciones son el modelo de la más grande que las comprende a todas. La historia nos muestra fielmente la verdad de las afirmaciones anteriores. Tomemos un ejemplo clásico: la antigua Roma. En los tiempos gloriosos de la República, la familia Romana era un modelo de virtud y de disciplina y Roma producía los Cincinato y los Catón. Más adelante, en el Imperio, los lazos familiares se rompieron, la disolución hizo presa de los hogares romanos y la ciudad eterna fué el escenario de las degradaciones de Calígula, Nerón, Mesalina y Agripina. Defendamos a la familia argentina, impidamos que se deshaga, si queremos que nuestra patria sea gobernada por virtuosos Cincinatos y no por histriónicos Neronés!

Y dentro de la familia, en el más alto sitio, vemos una figura muy grande y muy santa, con una misión sublime de amor y sacrificio: vemos, señores, a la madre. ¡Madre! Es la primera palabra que balbuceamos de niños, la última que pronunciamos al morir. ¡Qué inefable dulzura, la de sentirnos niños para descansar de las fatigas de la ruda lucha diaria protegidos por el cariño y las oraciones de una madre! ¡Hasta Dios, señores, quiso nacer débil y niño para tener también Él una Madre!

A vosotras me dirijo, madres argentinas que me escucháis. Vuestra misión es grandiosa, y por eso mismo pesa sobre vuestros actos, enorme responsabilidad. El porvenir de la patria está en vuestras manos. Enseñad a vuestros hijos la senda del deber y de la virtud, y entonces, allá, a través de las edades, veremos cumplirse aquella magnífica visión de nuestro gran Sarmiento: Es el día del Juicio Final; ha llegado para las naciones la hora de dar cuenta de sus actos. El Tribunal Supremo está dictando Justicia. Al llegar su turno, se ve una gran columna que avanza; son muchos millones de argentinos que con sus banderas desplegadas, llegan hasta el solio del Altísimo. Rodea sus frentes un nimbo de luz que aumenta su brillo a medida que se relatan sus gloriosos hechos. Al terminar el juicio divino, el supremo Juez de vivos y muertos, les señala sonriendo un lugar a su diestra y el coro de naciones congregadas en inmenso cónclave, hace temblar el valle de Josafat con el estruendo de miles de millones de voces, que saludan a la Patria con las mágicas palabras de nuestra canción inmortal: «Al gran pueblo argentino, salud!»

ADOLFO MUGICA.